

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

ROMANCES

Romances moriscos

I

Gallardo pasea Zaide
puerta y calle de su dama,
que desea en gran manera
ver su imagen y adorarla,
porque se vido sin ella
en una ausencia muy larga,
que desdichas le sacaron
desterrado de Granada,
no por muerte de hombre alguno
ni por traidor a su dama,
mas por dar gusto a enemigos,
si es que en el moro se hallan,
porque es hidalgo en sus cosas
y tanto que al mundo espantan
sus larguezas, pues por ellas
el moro dejó su patria;
pero a Granada volvió
a pesar de vil canalla,
porque siendo un moro noble
enemigos nunca faltan.

Alzó la cabeza y vido
a su Zaida a la ventana,
tan bizarra y tan hermosa
que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
a quien ha entregado el alma,
tan turbada y tan alegre
y cuanto alegre turbada,
porque su grande desdicha
le dio nombre de casada,
aunque no por eso piensa
olvidar a quien bien ama.

El moro se regocija
y con dolor de su alma,
por no tener más lugar,
que el puesto no se le daba,
por ser el moro celoso
de quien es esposa Zaida,
en gozo, contento y penas
le envió aquestas palabras:
¡Oh más hermosa y más bella
que la aurora aljofarada,
mora de los ojos míos,
que otra en beldad no te iguala!

Dime, ¿fáltate salud
después que el verme te falta?
Mas según la muestra has dado
amor es el que te falta.
Pues mira, diosa cruel,
lo que me cuestas del alma
y cuántas noches dormí
debajo de tus ventanas;
y mira que dos mil veces,
recreándome en tus faldas,
decías: El firme amor
sólo entre los dos se halla.

Pues que por mí no ha quedado,
que cumplo, por mi desgracia,
lo que prometo una vez,
cúmplelo también, ingrata.
No pido más que te acuerdes,
mira mi humilde demanda,
pues en pensar sólo en ti
me ocupo tarde y mañana.
Su prolijo razonar
creo el moro no acabara
si no faltara la lengua
que estaba medio turbada.

La mora tiene la suya
de tal suerte, que no acaba
de acabar de abrir la gloria
al moro con la palabra.
Vertiendo de entrambos ojos
perlas con que le aplacaba
al moro sus quejas tristes,

dijo la discreta Zaida:
Zaide mío, a Alá prometo
de cumplirte la palabra
que es jamás no te olvidar,
pues no olvida quien bien ama;
pero yo no me aseguro
ni estoy de mí confiada,
que suele, el cuerpo presente,
ser la vigilia doblada,
y más que tú lisonjeas,
que ya lo tienes por gala,
de ser como aquí lo has dicho,
no habiendo en mí bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo
y pluguiese a Alá quedara
hecho mi cuerpo pedazos
antes que yo me casara,
que no hay rato de contento
en mí, ni un punto se aparta
este mi moro enemigo
de mi lado y de mi cama,
y no me deja salir
ni asomarme a la ventana
ni hablar con mis amigas
ni hallarme en fiestas o zambras.

No pudo escuchalla más
el moro, y así se aparta
hechos los ojos dos fuentes
de lágrimas que derrama.
Zaida, no menos que él,
se quita de la ventana,
y aunque apartaron los cuerpos,
juntas quedaron las almas.

II

Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle
ni hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo
ni quién viene a visitarme,
qué fiestas me dan contento
o qué colores me aplacen;

basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajas y partes
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;
que eres gallardo jinete,
que danzas, cantas y tañes,
gentil hombre, bien criado
cuanto puede imaginarse;
blanco, rubio por extremo,
señalado por linaje,
el gallo de las bravatas,
la nata de los donaires,
y pierdo mucho en perderte
y gano mucho en amarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte;
y por este inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua
y amargan tus libertades
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte
un alcázar en el pecho
y en los labios un alcaide.

Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que rompan y que desgarran;
mas tras esto, Zaide amigo,
si algún convite te hacen,
al plato de [sus] favores
quiere[n] que coma[s] y calle[s].
Costoso fue el que te hice;
venturoso fuera[s], Zaide,
si conservarme supieras
como supisme obligarme.

Apenas fuiste salido
de los jardines de Tarfe
cuando hiciste de la tuya
y de mi desdicha alarde.

A un morito mal nacido
me dicen que le enseñaste
la trenza de los cabellos
que te puse en el turbante.
No quiero que me la vuelvas
ni quiero que me la guardes,
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.

También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me río;
¡qué donoso disparate!
No guardas tú tu secreto
¿y quieres que otro le guarde?
No quiero admitir disculpa;
otra vez vuelvo a avisarte
que ésta será la postrera
que me hables y te hable.

Dijo la discreta Zaida
a un altivo bencerraje
y al despedirle repite:
«Quien tal hace, que tal pague».

III

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y me calle?
No te fíes de mujeres
fundadas en disbarates.
Y si pregunté en qué entiendes
y quién viene a visitarte,
son fiestas de mis tormentos
ver qué colores te aplacen.
Dices que son por mi causa
las que en el rostro te salen;
por la tuya, con mis ojos,
tengo regada la calle.
Dícesme que estás corrida
de [que] Zaide poco sabe;
no sé poco, pues que supe
conocerle y adorarte.
Confiesas que soy valiente,

que tengo otras muchas partes;
pocas tengo pues no puedo
de una mentira vengarme;
mas ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses;
no busques inconvenientes,
si no que quieres dejarme.

No entendí que eras mujer
a quien mentiras le placen,
mas tales son mis desdichas
que en mí lo imposible hacen;
hanme puesto en tal extremo
que el bien tengo por ultraje:
lóasme para hacerme
la nata de los galanes;
yo soy quien pierdo en perderte
y yo quien gano en amarte
y aunque hables en mi ofensa
no dexaré de adorarte.

Dices que si fuera mudo
fuera posible adorarme;
si en tu daño no lo he sido,
enmudezca en disculparme.
Si te ha ofendido mi vida
y si gustas de matarme,
basta decir que hablo mucho
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho un fuerte muro
de tormentos inmortales
y mis labios son silencio,
que no han menester alcaide.
El hacer plato o banquete
es de hombres principales,
mas darles de sus favores
sólo pertenece a infantes.

Zaida cruel, que dijiste
que no supe conservarte:
mejor te supe obligar
que tú supiste pagarme.
Mienten las moras y moros
y miente el traidor de Zarque
que si yo le amenazara
bastara para matarle.

A ese perro mal nacido
a quien [yo] mostré el turbante
no fié yo del secreto;
en pecho bajo no cabe.
Yo le quitaré la vida
y escribiré con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas:
«Quien tal hace, que tal pague».

IV

El mayor Almoralfie
de los buenos de Granada,
el de más seguro alfanje
y el de más temida lanza,
el sobrino de Zulema,
visorrey de la Alpujarra,
gran consejero en la paz,
fuerte y bravo en la batalla,
en socorro de su rey
se va a la mar desde Baza,
más animoso y galán
que el hijo del moro Audalla;
tanto que al mundo su nombre
seguras fianzas daba
que verdaderas saldrían
sus dichosas esperanzas.

Alborno de seda verde
y de pajizo de gualda,
marlota de raso al uso,
de [verdes] lirios sembrada,
por mostrar que allá en la guerra
encubre con esperanzas
los lirios, que ya son verdes
y fueron flores moradas;
con cuatro moros detrás
solo en una yegua baya,
que quien quiere adelantarse
bien es que delante vaya,
recogiendo, pues la rienda
cesando el trote paraba
por no sentir por la posta
la ausencia de Felisalva.

Saca un retrato del pecho,

que aun a sacalle no basta,
porque salen tras la vista
las imágenes del alma.
Amada mora le dice,
que parece que me hablas
con ceño porque te dejo
y dejándote me agravias,
¿cómo me miras alegre,
pues yo te vi esta mañana
tan enojada conmigo
que contigo te enojabas?

Si no lloras como peña
que está dura y echa un agua,
¡mucho me quieren tus ojos,
mucho debo a tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
no es sentimiento que engaña,
¡muchos cabellos, amiga,
por mi respeto te faltan!
Habla ya que a tu pintura
le darán vida mis ansias
dejando mi cuerpo triste
vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo,
las suertes están trocadas,
hoy callas tú y hablo yo,
ayer hablaste y callaba.

¡Malhaya aquel amador
que al retrato de su dama
le dice sus sentimientos,
pues que no sienten las tablas!
¡Malhaya aquel que la mira
en retrato mesurada,
él llorando, flaco y triste,
y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor que me llevas
a meterme en una barca
y entre las ondas y el cielo
cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
que el mejor tiempo os dejara!

Mas si dejo mi contento
¿qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor

que si vives en mi alma
suspirando me la envías,
que no venceré sin alma.
Con esto los cuatro moros
a media rienda le alcanzan;
esconde el retrato y pica
hablando de guerra y armas.

V

De la armada de su rey
a Baza daba la vuelta
el mejor Almoralfi,
sobrino del gran Zulema,
y aunque llegó a medianoche,
a pesar de las tinieblas
desde lejos divisaba
de su ciudad las almenas.
Aquel chapitel es mío
con las águilas de César,
insignia de los romanos
que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
apostaré que es aquélla,
que en fe de su dueño altivo
compite con las estrellas.

¡Oh gloria de mi esperanza
y esperanza de mi ausencia,
compañía de mi gusto,
soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitares
los recelos que la quedan,
y algunas facilidades
que de tus gustos me cuentan,
si tu belleza estimaras
como estimo tu belleza
fueras ídolo de España
y fama de ajenas tierras.

Dijo, y entrándose en Baza
a sus moros dio la yegua
y del barrio de su dama
las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba
y al ruido de la seña

durmieron sus ansias vivas
y Felisalva despierta.
Salió luego a su balcón
y de pechos en las verjas
a su moro envía el alma,
que le abrazase por ella.
Apenas pueden hablarse
que la gloria de su pena
les hurtaba las palabras,
que en tal trance no son buenas.

Al fin la fuerza de amor
rompió al silencio la fuerza
porque sus querellas mudas
por declarar se revientan,
y la bella Felisalva
tan turbada cuanto bella,
estando atento su moro
a preguntalle comienza:

Almoralife galán
¿cómo venís de la guerra?
¿Mataste tantos cristianos
como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo
o murió de las sospechas
que a su triste original
le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
que parece que le pesa
de que faltándole el ver
vivir y mirarle pueda.

VI

En la prisión está Adulce
alegre porque se sabe
que está preso sin razón
y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
es la pena menos grave,
pues no quiere libertad
si con ella han de culpalle.

Piensan que ha de hacer por fuerza
lo que de agrado no hace,

enmudeciendo las leyes
para que los mudos hablen.
Arrimado está a una reja
que hace más fuerte la cárcel,
pena un tiempo de traidores
castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo
temiendo que se le cae
y dijo: Siempre padezco
por leal y por amante.

¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto,
que en medio de mis pesares
hallo viva la memoria
de mis bienes y mis males?
Y todo porque no pueda,
ingrata, desengañarme,
pues con quererte en naciendo
pienso que te quise tarde.
A otra reja me vi asido,
más baja, porque alcanzase
las promesas de tu boca,
puesto que ya no se guarden.

¿Cómo quieres, di, que crea
que el aire se las llevase,
estando los dos tan cerca
que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
de que así quise engañarte
si en medio de los favores
siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
de que te sirva y te ame
y no quieres ser querida
quizá por desobligarte!
¿Quién derribo por el suelo
el edificio admirable
que alzó amor a las estrellas,
de que apenas hay señales?

Déjanse sus ruinas
una piedra que declare
la mudanza que hizo el tiempo
sin poder jamás mudarme.
Mucho debo a sus amigos,
todos dicen que me guarde,

mas ¿de qué sirve, cruel,
si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro
y que todo el pueblo llame
si está la casa abrasada
cuando la campana tañen?
¿Quieres, ingrata, que pierda
el premio de ser constante
y que si es la causa firme
que la pena sea mudable?

No, para tanta belleza
no hay tormento que sea grave,
pues la ofensa de quererte
se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
y podrá ser que eso baste,
pues para corta ventura
cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero
y lo poco que me vale
y que no es bien que me pierda
donde es justo que me gane.

Llamaron en esto al moro,
que le esperaba su paje,
que venía muy contento
con una carta que trae,
donde Adalifa le escribe
el pésame de sus males,
Y Adulce dijo: ¿Qué importa
si Aja gusta que me acaben?

ROMANCES A FILIS

I

Hortelano era Belardo
de las huertas de Valencia,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.

Pasado el hebrero loco,
flores para mayo siembra,

que quiere que su esperanza
dé fruto a la primavera.

El trébol para las niñas
pone al lado de la huerta,
por que la fruta de amor
de las tres hojas aprenda.

Albahacas amarillas,
a partes verdes y secas,
trasplanta para casadas
que pasan ya de los treinta

y para las viudas pone
muchos lirios y verbena,
porque lo verde del alma
encubre la saya negra.

Toronjil para muchachas
de aquellas que ya comienzan
a deletrear mentiras,
que hay poca verdad en ellas.

El apio a las opiladas
y a las preñadas almendras,
para melindrosas cardos
y ortigas para las viejas.

Lechugas para briosas
que cuando llueve se queman,
mastuerzo para las frías
y ajenjos para las feas.

De los vestidos que un tiempo
trujo en la Corte, de seda,
ha hecho para las aves
un espantajo de higuera.

Las lechuguillazas grandes,
almidonadas y tiesas
y el sombrero boleado
que adorna cuello y cabeza,

y sobre un jubón de raso
la más guarnecida cuera,
sin olvidarse las calzas

españolas y tudescas.

Andando regando un día,
viole en medio de la higuera
y riéndose de velle,
le dice desta manera:

¡Oh ricos despojos
de mi edad primera
y trofeos vivos
de esperanzas muertas!

¡Qué bien parecéis
de dentro y de fuera,
sobre que habéis dado
fin a mi tragedia!

¡Galas y penachos
de mi soldadesca,
un tiempo colores
y agora tristeza!

Un día de Pascua
os llevé a mi aldea
por galas costosas,
invenciones nuevas.

Desde su balcón
me vio una doncella
con el pecho blanco
y la ceja negra.

Dejose burlar,
caseme con ella,
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas.

Supo mi delito
aquella morena
que reinaba en Troya
cuando fue mi reina.

Hizo de mis cosas
una grande hoguera,
tomando venganzas
en plumas y letras.

II

Mirando está las cenizas
de aquel saguntino fuego,
los vanos anfiteatros,
vivos ejemplos del tiempo,

Belardo, que allí llegó
con sus cabras y becerros,
antes morador del Tajo
y ya del río Monviedro;

y viendo entre sus ruinas
del tiempo tantos ejemplos
así le dice, llorando
sobre un peñasco de pechos:

¿Quién se ha de poner contigo
a fuerza, tiempo ligero,
teniendo tantos testigos
de tus poderosos hechos?

¡Qué acabaste de ciudades,
qué deshiciste de imperios,
qué de triunfos has traído
a sepultura de muertos!

Los mármoles que cubrían,
de púrpura y oro llenos,
yacen por el suelo ahora
de inútil yerba cubiertos.

Aquí, donde recitadas
alegres comedias fueron,
unos alegres sombríos
está recitando el tiempo,

y el lugar que tan apriesa
ocuparon sus asientos
a mis cabras lo agradezca
que su yerba están paciendo,

y sólo de sus balidos
por derribados cimientos
estas bóvedas escuchan
tristes y espantables ecos.

No pienses que soy, Sagunto,
Belisardo ni Pompeyo,
pero soy un desterrado
por uno de tus sucesos,

que como la piedra cae
y sube a su esfera el fuego,
he venido a este lugar
como a verdadero centro.

Ya fuiste ciudad insigne
y fui yo dichoso un tiempo,
tus mármoles levantabas
y yo mi ventura al cielo;

tú por ser buena ciudad,
yo por ciudadano bueno
ambos en el suelo estamos,
tú difunta, yo muriendo.

Sobra de malos amigos
en este lugar me han puesto;
tu muerte fue honrada vida,
pues fue de enemigos buenos.

Por haber sido agradable
a tan inclemente cielo
me pagan desta manera
que ves que penando muero.

Consuélate, ciudad mía,
pues en tus manos me han puesto
en agradable prisión
yerros de mi propio dueño.

III

Contemplando estaba Filis
a la medianoche sola
una vela a cuya lumbre
labrando estaba una cofia,

porque andaba en torno della
una blanca mariposa,
quemándose los extremos
y cerca de arderse toda.

Suspendiose, imaginando
el avecilla animosa,
tomola en sus blancas manos
y así le dice, envidiosa:

¿Adónde tienes los ojos
que desta luz te enamoras,
la boca con que la besas
y el gusto con que la gozas?

¿Adónde tienes tu ingenio
y dónde está la memoria?
¿Con qué lengua la requiebras?
¿Con qué despojos la adornas?

¿Qué le dices cuando llegas,
cuando en su fe presurosa
le dejas alguna prenda
de la afición que [la] adoras?

Y sin haberte ido vienes
y después a volar tornas
hasta el punto que tu vida
entre las llamas despojas,

viendo que no será justo
dilatar su muerte y gloria.
En diciendo estas razones,
llegose al fuego y quemola.

Dichosa fuiste, avecilla
Filis prosigue, pues gozas
en los brazos de tu amigo
vida y muerte gloriosa;

que la vida sin contento
mucha falta y poca sobra
y sólo el sosiego es bueno
adonde el alma reposa.

Mas ¿cómo yo con tu ejemplo
no me doy la muerte ahora?
Morir quiero, pues me anima,
y acabar con tantas cosas.

He sabido que Belardo
su vida pasa con otra,

porque le enojan mis celos
y mis desdichas le enojan.

Del paño de su labor
un corto cuchillo toma
y dijo toda turbada:
Oh Belardo, aquí fue Troya.

Pero primero que fuese
puesto el intento por obra,
quiso probar el dolor,
que es mujer y temerosa.

Con la aguja que labraba
picose el dedo y turbola
de su muy querida sangre
el ver salir una gota.

Pide un paño a la criada,
intento y cuchillo arroja;
lloró su sangre perdida,
que su amante no la llora.

ROMANCE A BELISA

De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra,

las aguas crece Belisa
llorando lágrimas tiernas,
diciendo con voces tristes
al que se aparta y la deja:

«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».
No quedo con solo el hierro
de tu espada y de mi afrenta,

que me queda en las entrañas
retrato del mismo Eneas,
y aunque inocente, culpado,
si los pecados se heredan;

matareme por matarle
y moriré porque muera.
«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Mas quiero mudar de intento
y aguardar que salga fuera
por si en algo te parece
matar a quien te parezca.

Mas no le quiero aguardar,
que será víbora fiera,
que rompiendo mis entrañas,
saldrá dejándome muerta.

«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».
Así se queja Belisa
cuando la priesa se llega;

hacen señal a las naves
y todas alzan las velas.
«Aguarda, aguarda le dice;
fugitivo esposo, espera...

Mas, ¡ay!, en balde te llamo;
¡plega Dios que nunca vuelvas!
Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».